

La Parcela (confesión)

Carlos Domingo

Padre, me queda poco tiempo y quiero confesar, pero también justificar, el pecado mayor de mi vida. He mentido. A mi propio hijo. Es más, quiero que esta mentira se mantenga. ¿Por qué? Déjeme explicarme. Como tantos otros nací en un mundo en que todo estaba ocupado. Tierras con dueños, empresas con patronos, casas con propietarios. Nací destinado a ser inquilino, arrendatario, empleado. A ver a los privilegiados poseedores detrás de vallas, vidrios, alambrados, paredes, candados, puertas custodiadas. Protegidos por carteles de "no pase", guardias, perros, vigilantes, secretarías. Siempre estaba afuera. Temblando por pisar terreno ajeno, temiendo a los que podían botarme del empleo, a los restaurantes que se reservan el derecho de admisión. A duras penas logré el puesto de ayudante de contabilista, verificador de cuentas ya verificadas por otros y que otros verificarían después de mí. Y lo he conservado toda mi vida.

Un día, que prometía ser igual que todos apareció en la oficina el señor Damián. Alegre, sonriente, optimista. Ofreció "la parcela". Traía planos, dibujos, fotos. En un lugar de ensueño, cerca del mar, cerca de la selva, cerca de la montaña, cerca de la ciudad. Allí se haría la gran urbanización. Espaciosas parcelas, con casas de variados modelos, con carreteras, agua, electricidad, teléfono, guardianes, árboles, ardillas. Por fin podría tener lo que ni me había atrevido a soñar. Varios compañeros se interesaron. Damián nos ofreció un viaje al lugar. Ese domingo en un alegre autobús fuimos todos a ver la maravilla. Era un lugar llano, con vegetación raquítica y tierra amarillenta. Pero cuando Damián comenzó a hablar todo se transformó. Por aquí pasaría la carretera principal. Allí el gran embalse, un lago con una pequeña isla, más acá el pinar, luego los caminos que penetraban el bosque, las casas rodeadas de jardines, el parque infantil...

Cinco compañeros de la oficina firmamos los documentos. Yo pedí un crédito para pagar la cuota inicial. Luego comenzó el pago mensual, producto del ahorro, el cálculo, la privación. Cada mes llegaba Damián a la oficina, a cobrar las cuotas y a mantener nuestra fé. Ahora habían hecho las zanjas de drenaje. Otro mes eran los accesos. Otro mes se plantaban pinos. A veces surgían contratiempos. Una lluvia destruía los accesos, una rotura de las tuberías de riego provocaba inundación en un lado y sequía en otro, un rayo tumbaba un poste de la instalación eléctrica. Pero Damián siempre tenía una solución. La gran compañía a la que pertenecía no se dormía. Ya estaban en marcha la construcción de accesos con obras de drenaje correctas según modelos holandeses; un técnico israelí dirigía la instalación de tuberías eternas; una famosa firma canadiense instalaba pararrayos infalibles.

Cuando la fe decaía Damián organizaba una nueva visita. Se veían algunas obras y su poderoso discurso completaba el resto. Nos informaba además que las acciones de la compañía subían. Se ampliaba la sede central. Se despedía a un supervisor negligente responsable del atraso. Se firmaba un contrato con una urbanizadora suiza.

Me hice amigo de Damián. Nuestros hijos -también él tenía un hijo único- jugaban y se entendían muy bien. Pasaban horas hablando de la urbanización. Damián también estaba comprando una parcela. Pasaron años. El trabajo en la oficina seguía igual. Sólo la parcela parecía renovarse. Damián informó un día una gran modificación del

proyecto. Se iban a construir canales que servirían para riego y transporte, cada cinco parcelas formarían una isla y casualmente en una caían la mía y las de mis compañeros. Nos llevó a un edificio en el centro de la ciudad donde estaba la maqueta de la urbanización. Por varias semanas no se habló de otra cosa. En la euforia todos aceptamos las cuotas adicionales requeridas para el nuevo proyecto.

¿Para qué seguir? Damián se enfermó gravemente. En su lecho de muerte pidió hablar conmigo a solas. Me confesó todo. La compañía no existía. Las parcelas y maquetas pertenecían a otra empresa que tenía el proyecto de la urbanización y estaba a punto de quebrar. El vivía de las cuotas que nos cobraba a nosotros cinco y a ocho empleados más. Le alcanzaba justo para sostener su casa e ir pagando una enorme deuda que había heredado de su padre. Me pidió perdón. Se lo concedí y creo que llegó a oírme. Luego la inconsciencia y el final. Llamé a sus parientes y me fuí a mi casa. Mi hijo estaba con el de Damián. Este me dijo con una mirada oblicua y un tono indeciso que su padre enfermo lo había dejado encargado del negocio de las parcelas. Le di la triste nueva y lo acompañe a su casa. Pensé mucho en que hacer. ¿Podía decirle a mi hijo y a mi mujer que toda la ilusión de nuestra vida era una estafa? ¿Podía quitarle a mi hijo su único amigo? Fui razonable. Seguimos recibiendo al hijo de Damián. Pero yo no deseaba hablar con él. El negocio lo siguió con mi hijo. Sólo deseo que su vida tenga, como la mía, un sentido, un proyecto, un ideal. Damián era un falsificador pero la ilusión que había creado, la parcela rodeada de belleza y amigos, era más real y vivificante que el trabajo de la oficina. El también vivía de mantenernos esa ilusión y de ver nuestra esperanza. Esto le ayudó a soportar su vida miserable. Yo sabía que no sobreviviría mucho a Damián. Quizá él murió prematuramente cuando comenzó a pensar en revelar la verdad. Cuando perdió la fe en su misión de mantener la nuestra. Yo no he podido sufrir esa verdad mucho tiempo. Padre, sé que usted cumplirá su deber de no revelar esta confesión, esta verdad. Quiero que mi hijo y el de Damián, uno con una ilusión el otro ayudando a mantenerla, vivan felices como yo he vivido en la época en que creía en la parcela. Usted, Padre, que sabe la verdad y tiene que callarla debe ser fuerte y vivir para rogar por aquellos que no la podemos soportar.